

Al filo de la tormenta: el conflicto entre tradición y modernidad en Agustín Yáñez

Belén ALONSO DE SANTIAGO. Universidad de León

Al filo del agua es una expresión campesina que significa el momento de iniciarse la lluvia, y —en sentido figurado, muy común— la inminencia o el principio de un suceso.

Quienes prefieran, pueden intitular este libro En un lugar del Arzobispado, El antiguo régimen, o de cualquier modo semejante. Sus páginas no tienen argumento previo; se trata de vidas —canicas las llama uno de los protagonistas— que ruedan, que son dejadas rodar en estrecho límite de tiempo y espacio, en un lugar del Arzobispado, cuyo nombre no importa recordar.

De 1947 data una de las más importantes aportaciones literarias al panorama cultural mejicano de nuestro siglo: *Al filo del agua*¹. Ya desde su título, esta novela lleva implícita la idea de cambio y de renovación (no en vano, el agua ha sido considerada desde siempre y en casi todas las culturas, símbolo de renacimiento a otro estado, a otra época). El propio Agustín Yáñez hace alusión a ello en los dos breves párrafos que introducen el texto y dan paso al «Acto Preparatorio», párrafos que por su interés y por ser, probablemente, la mejor de las definiciones posibles de la obra objeto de esta ponencia he transcrito líneas arriba.

La fecha de su publicación supone el fin de lo que dio en llamarse «narrativa de la revolución mejicana», pero también el comienzo de una nueva época literaria que asume, sin más calificativos, la condición de «contemporánea». A diferencia de los autores anteriores a él, Yáñez comprendió la importancia de hallar un equilibrio entre las dos corrientes que desde principios de siglo enfrentaban a los escritores de su país. Recogió, así, la herencia de teóricos de la literatura empeñados en una universalización de las letras mejicanas (Alfonso Reyes es el nombre más significativo de esta tendencia), para fundirla con la necesidad de un análisis más profundo de las particularidades definitorias de lo mejicano. De alguna mane-

¹ En adelante, me referiré a las citas textuales de *Al filo del agua* (Méjico, Editorial Porrúa, 1947) con las siglas AG.

ra Yáñez es el primero en acometer ese planteamiento, ajeno al muralismo superficial, al exagerado e inverosímil cuadro de costumbres tan común entonces, entresacando, a partir de estudios sólidos, las claves que configuran la identidad de su pueblo, resultado de un mestizaje de culturas.

Al filo del agua fue concebida, así, como un reencuentro: el del pasado indígena y la realidad hispana. De ahí sus frecuentes alusiones a un universo múltiple y subterráneo, doblemente poblado por las creencias autóctonas y la oscura religiosidad de los conquistadores.

Pero *Al filo del agua* es también una apuesta de futuro que mantiene, eso sí, las mejores aportaciones de la literatura anterior, al tiempo que tiende una mano a todo aquello que supone renovación en aras de unos ideales de universalidad claros. En este sentido, la novela entraña una ruptura literaria casi tan violenta como la revolución que acecha en sus páginas, ruptura que Agustín Yáñez manifiesta a todos los niveles: el formal, mediante el empleo de procedimientos estilísticos novedosos en su país, y el de contenido, a través de su particular interpretación de los hechos narrados. Sus personajes exceden el común prototipo de meras «siluetas», hombres y mujeres de cartón piedra, tan habituales en los trabajos de autores precedentes. Yáñez asume el papel de narrador omnisciente (acaso sólo como tal pueda conocer los pensamientos que asaltan a sus «criaturas»), y describe por primera vez en la literatura mejicana procesos psíquicos, personalidades que evolucionan en función de los acontecimientos, seres a quienes la realidad condiciona de manera creíble.

Desde la primera página, Agustín Yáñez recalca constantemente el hecho de que el lugar que va a retratar es un pueblo de «mujeres enlutadas». Su prosa nos introduce en una atmósfera angustiosa, casi infernal, en la que los contactos sociales, las fiestas, cualquier acontecimiento alejado del silencio y de la tristeza suscita rechazo. Sus habitantes están convencidos de la transitoriedad de la vida, anuncio y preparación para otra más allá de la muerte. Un catolicismo arcaico, sustentado por una pléyade sacerdotal en absoluto partidaria de las novedades, impregna el discurrir diario del pueblo sin nombre que alberga la novela. Existen excepciones, claro está, pero débiles, casi desdibujadas aunque irán adquiriendo rasgos más rotundos a medida que se avanza en las páginas del libro. Como ocurre con otros aspectos, la influencia exterior será la desencadenante de la necesaria transformación. En este sentido, Norteños, Estudiantes y Revolucionarios son los tres colectivos de los que se sirve el autor para provocar la ruptura. No en vano, una de las mayores preocupaciones de las autoridades eclesiásticas ya mencionadas es la afluencia de gentes extrañas al pueblo, portadoras de ideas conflictivas, distintas en todo caso, sin las limitaciones de los que allí viven.

La acción de *Al filo del agua* se sitúa en los meses inmediatamente anteriores al estallido de la revolución, en justa correspondencia con el que podría ser conside-

rado uno de sus principales propósitos; es decir, el retrato de ese período de la vida mejicana. Así, pues, la trama se desarrolla entre 1908 y 1910 en un pueblo —que como ya dije— no es ubicado de manera exacta en ningún momento. La elección de un lugar apartado, de ambiente profundamente tradicional, permite a Yáñez describir los efectos de la fiebre revolucionaria, allí donde no existen condiciones reales para el cambio, simbolizando así muchos otros lugares de la República. Los representantes de la iglesia rigen esa sociedad que abomina de todo aquello que no armoniza con sus costumbres. Presionan firmes, perseverantes. Se sirven de sermones apocalípticos o ejercicios espirituales para evitar cualquier posibilidad de transformación. El pueblo de *Al filo del agua* es, en líneas generales y salvo raras excepciones, inflexible, sordo a cuanto implique reforma. Yáñez insiste en ese carácter mediante diferentes episodios. Así lo sugiere, por ejemplo, el nerviosismo, casi agresividad, motivado por el rumor de que las tropas del gobierno se aproximan para impedir las procesiones, ritos de profunda raigambre popular. Los rumores se precipitan, provocan remolinos de gente atemorizada pero colérica, dispuesta a todo menos al quebranto de las ceremonias que encauzan y delimitan sus vidas.

Y es que el pueblo que Agustín Yáñez define en su novela poco se diferencia de cualquier feudo medieval. En este sentido, el autor se limita a recrear cuáles eran las condiciones en las que vivía la inmensa mayoría de los habitantes de la República en vísperas de la revolución. Es importante destacar, sin embargo, que ese retrato no tiene correspondencia temporal —como por ejemplo en el caso de Azuela y su obra *Los de abajo*— con la realidad histórica en que, supuestamente, los hechos narrados se verifican. La perspectiva de Yáñez es más lejana, más crítica, también por ello más triste a veces, un tanto burlona otras, si por burlona entendemos la actitud, gestos y palabras de algunos de sus personajes, exagerados por el escritor hasta rozar lo increíble (los arrebatos de Luis Gonzaga Pérez son un buen ejemplo). Este dato —insisto— nos lleva a concretar uno de los principales logros estilísticos de Yáñez. El autor demuestra cómo, a menudo, resulta más sencillo reconocer una caricatura de facciones deformadas que el rostro auténtico que la sustenta. La trabazón de voces y de episodios fluye tan dócil que el lector se deja llevar y no duda de la posibilidad, veracidad, credibilidad de lo narrado. Comienza entonces el resquebrajamiento del inmovilismo secular debido a la influencia de ideologías sociales, políticas o económicas ajenas, pero ya latentes en todo el país. Son los norteños, estudiantes y revolucionarios, grupos a los que aludí antes y sobre los que haré una referencia más concreta en breve, los que provocan las primeras grietas.

Al hilo de esto, y dado que la religión es la más poderosa presencia en la novela, no puede sorprender el hecho de que los confesionarios se pueblen de voces inquietas. Yáñez sugiere desasosiego social y político. Revela cómo, a pesar de todo, es imposible sustraerse a las nuevas y peligrosas corrientes externas. Así, los penitentes admiten recibir y propagar periódicos en los que se critican las verdades de la fe y el magisterio del clero; reconocen que leen novelas de amor, que miran fotografías pornográficas; confiesan su naciente desconfianza hacia muchos aspectos de

la religión; admiten su presencia en reuniones de masones y espiritistas. En suma, ya no es tan fuerte en ellos el conformarse, no se resignan más a los privilegios de los poderosos. Existe, pues, una realidad oculta bajo la rigidez de las formas, aunque en apariencia la vida del pueblo no varíe de manera significativa, al menos al principio. De hecho, el ritmo lento y asfixiante se mantiene durante muchas páginas. Parece que no interesan las noticias preludio de la revuelta. Se finge ignorancia respecto a la tensión política, casi insostenible que invade el resto del país. Una tensión que, entre otros sucesos, surge por el incumplimiento de las declaraciones que el general Porfirio Díaz había hecho a la prensa sobre su segura retirada de la presidencia. Contradiciendo sus propias palabras, y tan solo unos meses más tarde, el general, junto a su colaborador Ramón Corral, consiguen la nominación como candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia respectivamente.

También es cierto que en el pueblo de *Al filo del agua* no es la política, sino los deseos contenidos los que quiebran el inmovilismo secular. Sólo cuando esos deseos se desbordan, liberándose de la represión absurda a la que han sido tradicionalmente sometidos, aparecen los primeros indicios del cambio que ha de venir. Lo falso de los comportamientos queda al descubierto, muy en especial, a raíz del que sin duda es el acontecimiento más significativo de toda la novela: el asesinato de Micaela Rodríguez a manos de su enamorado y amante Damián. Este episodio, básico para entender la estructura tanto formal como temática del texto, demuestra que algo está ocurriendo. No ha lugar ya para los embozos. Mediante la descripción de un hecho especialmente violento en el plano de lo amoroso, Yáñez evidencia la impetuosidad de los cambios que se estaban fraguando en el ámbito político. A partir de ese momento, se suceden las noticias alarmantes dentro y fuera del pueblo. La reiteración, la lentitud dan paso a la acción, o como escribe el autor:

Las canicas van rodando a su final destino, lentas o rápidas, contenidas en algún cruce de caminos, indecisas, luego violentamente precipitadas. Como en los juegos de feria, en tablas polícromas, con rutas acotadas por clavos. Va rodando la bola. (AG, p. 176)

Yáñez también dedica un capítulo a la caída del cometa Halley. Con ello insiste de nuevo en lo enraizado que está el imperio de la religión y de las supersticiones en el pueblo. Describe cómo sus protagonistas se escudan en la fe para tratar de explicar cualquier fenómeno natural, incluso las tragedias personales. No es de extrañar, pues, que se considere a Damián, el asesino, culpable de sucesos que, están convencidos, no pueden sino responder a la ira divina. Así, se responsabiliza al joven de las malas cosechas, la escasez de lluvias, las plagas o la peste que diezma el ganado. Airados castigos contra los que de nada sirven rezos, sacrificios o disciplinas. La fuerza de este tipo de convicciones es muestra de una clara mentalidad apocalíptica. Convencidos de la fragilidad del universo, los personajes de *Al filo del agua* esperan continuamente la inminencia de una catástrofe. Identifican los cambios con desolación y muerte:

Temblores cada rato en distintas partes; inundaciones; revoluciones como esa de España, con quema de iglesias y conventos en Barcelona; y aquí yo no sé qué cosa extraña noto, como si el mundo se fuera ya a acabar; en las noches, cuando estoy pensando en lo que sucede y se me olvida lo que sucedió, que antes me gustaba más, le pido a Dios que se acuerde de mí; siento miedo de seguir viviendo y alcanzar el fin del mundo. Quién sabe si ustedes vayan a reírse; pero se me figura que ya nació el Anticristo, sí, no puede ser otra cosa. (AG, p.170)

El pueblo tiene miedo. Y, hasta cierto punto, ese temor no es vano ni injustificado. Poco después de la muerte de Micaela y de la caída del cometa estalla la revolución. Nadie puede creer ni lo desea en posibles explicaciones lógicas a los hechos. Por poner un ejemplo, sólo Damián toma conciencia de que la verdadera raíz de la tragedia que él mismo ha provocado ha de buscarse en el ambiente opresivo del pueblo. Damián está seguro de que la negativa de la joven a huir con él, cuando en realidad lo amaba, es resultado de la represión a la que están sometidos. Sin embargo, entre sus vecinos el criterio es muy distinto. Se afirma que hubo presagios claros que nadie supo ver a tiempo. Existe la convicción generalizada de que todo es producto de la cólera divina. ¿Qué mejor prueba, además, que el hecho de que el estallido de la tormenta haya tenido su origen en un «despreciable» norteño? (Norteño era el vocablo con el que se denominaba a los trabajadores mejicanos que decidían emigrar para ganarse la vida en los Estados Unidos.) Los planteamientos para explicar el eclipse adquieren características muy similares.

Se precipitan los acontecimientos. Al asesinato, a la caída del cometa, al eclipse, a la «luna teñida de sangre» (AG, p. 107) se unen noticias sobre la convención antirreeleccionista reunida en la capital de la República. No cesan los comentarios sobre la impresionante manifestación que tiene lugar en honor de don Porfirio, descrito como «el glorioso presidente de la paz». Al mismo tiempo, en el pueblo surgen rumores acerca de siete jinetes que rondan por las cercanías amparados en la oscuridad de la noche, quién sabe con qué intenciones. Nadie los conoce. Se especula sobre lo que habrá de deparar su presencia. Sucesos inusitados inquietan al pueblo, prefiguran una nueva época.

A partir de este momento las influencias externas adquieren una importancia vital en el curso de la novela, ya que condicionan todo lo que ha de venir. Dan lugar a un proceso de cambios imparable en todo el país y que, a escala microscópica, se refleja en el pueblo de *Al filo del agua*.

Voy a centrar el análisis de dichas influencias externas en los colectivos a los que aludí con anterioridad. Es decir: en los norteños, en los estudiantes y en los revolucionarios. Mi estudio respetará el orden y será proporcional a la importancia que Yáñez les atribuye. En efecto: la presencia de los norteños es constante en casi todos los episodios narrados, mientras que la de los estudiantes, más superficial, se

limita a los períodos vacacionales. Capítulo aparte merecen los revolucionarios, entes tan sólo esbozados, poco precisos.

Generalizando, se podría afirmar que estos tres colectivos, junto con los arrieros y los músicos, introducen las nuevas ideas y desequilibran los sólidos cimientos del vivir cotidiano. Provocan —y razones hay, como veremos— un profundo temor entre los más reaccionarios. Por ejemplo, la actitud despreciativa y hostil hacia los norteños, revela el acusado nacionalismo antiamericano predominante en el pueblo. Todo ello dentro de un contexto más global de rotunda oposición a cualquier tipo de ideología que pueda menoscabar el inmovilismo. El desarrollo histórico de la contienda revolucionaria demuestra que este grupo asumió el papel de precursor principal de la Revolución mejicana. Yáñez también lo pone de manifiesto en su novela. Así, cuando traza el retrato de los norteños que regresan a casa de los Estados Unidos, sugiere repudio y descontento. Les convierte en críticos implacables, testigos de las injusticias a las que están sometidos sus compatriotas. Comienzan a proliferar mítines espontáneos en los que se insiste en el abismo insalvable que separa a «los ricos» del resto. Las esquinas más oscuras de las calles son el escenario elegido por el autor para dar cuenta de la situación político-social del Méjico prerrevolucionario. Yáñez se apoya en el diálogo que tiene lugar entre un norteño y el sacerdote principal del pueblo, don Dionisio, para reafirmarse en la idea de que el conflicto entre tradición y modernidad es ya inevitable. En dicho diálogo, el autor y el personaje del norteño confluyen en una sola voz. Ambos están viendo la situación desde fuera, con cierta perspectiva —por el paso del tiempo, (en el caso de Yáñez), por la distancia, (en el del norteño). Tanto uno como otro critican los abusos excesivos de los más poderosos, el sometimiento injusto que sufren los trabajadores, malamente pagados, eternamente endeudados. Censuran esas cargas económicas de imposible satisfacción que pasan de padres a hijos, condicionan por completo sus vidas y les impiden poseer algo propio. Cada afirmación va acompañada de frases que evidencian el carácter explosivo de la escena. Frases como «Yo le digo a usted, padrecito, que esto no puede seguir así; tarde o temprano los pobres se han de aburrir y a bien o a fuerzas las cosas tienen que cambiar. Hablando con franqueza, sí, sí es preferible que los gringos vengan y nos hagan vivir otra vida como la suya y no ésta, que no es vida» (AG, p.152) o, también, «los que hemos visto lo que es gozar de la vida, ya no podemos avenirnos con estos modos» (AG, p.153). El norteño —y con él Yáñez, insisto— defiende el derecho a manifestar los sentimientos. Reniega de la hipocresía que impide las relaciones francas entre hombres y mujeres y da lugar, como ya he señalado, a sangrientos sucesos. Aprovecha, además, para señalar al sacerdote como culpable del ambiente crispado e intolerable del pueblo.

Los razonamientos de los norteños consiguen hacer mella, cómo no, entre los grupos más desfavorecidos. Por el contrario, las voces rebeldes al cambio, las críticas a la revolución, las peroratas en las que se afirma que todo es mentira, que nadie se muere de hambre, que la situación no está tan deteriorada como los «foras-

teros» denuncian, ya no recaban el asentimiento general de antaño. «Venían a la memoria —escribe Yáñez— los nombres de personas a quienes se les acababan de quitar sus bienes, víctimas de la usura; las quejas de tantos y tantos que no salen de sus deudas por más que trabajan; los pretextos baladíes usados por el director político, domingo a domingo, para arrestar a gentes de rancho, luego obligadas a trabajar en beneficio del propio funcionario; y las arbitrarias resoluciones administrativas en materia judicial; los regalos a fortiori para dueños de tierra, de dinero, de instrumentos de labranza, para el director y los empleados gubernativos de planta o transeúntes; los fraudes solapados en la contratación, y con perjuicio de los más pobres, de los más desvalidos.» (AG, p. 353)

Muy distinta, aunque alcance un nivel casi tan definitivo como la anterior, es la influencia que tiene su origen en los estudiantes:

El tiempo de vacaciones constituye para el señor cura un período lleno de cuidados y riesgos (...) Aquí tocarán la guitarra y cantarán tonadas profanas, allá los aplaudirán porque declaman poesías románticas, jugarán a la baraja, se harán célebres por sus cuentos atrevidos, escandalizarán por su poco espíritu de recogimiento, pondrán señuelos a otras y a otras muchachas... (AG, p. 278-279)

Como se ve en esta cita, Agustín Yáñez los describe con acentos de «alegre despreocupación», seres ruidosos que llenan de vida las calles normalmente desiertas del pueblo e iluminan de gozo secreto —pues no es posible un gozo de otras características— los corazones de las mujeres jóvenes y enlutadas que se ocultan tras las rejas de las ventanas. En principio, los reaccionarios consideran que su influencia es menos perniciosa que la de los norteños. Pero también ellos traen la semilla del cambio, un vuelco de los espíritus hacia el placer, el amor, la alegría. También ellos, como los trabajadores, hablan de «un tal Francisco Madero», de los discursos anti-releccionistas que proliferan en todo el país, de espiritismo y masonería.

Y, para concluir con el estudio de aquéllos que influyen en el pueblo de *Al filo del agua* con nuevas ideas, debo mencionar el grupo al que Yáñez dedica una menor atención, quizá por sus implicaciones políticas: los revolucionarios. El retrato que hace de ellos, carece sin duda de la profundidad que dedica a norteños, sobre todo, y a estudiantes. De hecho, en este caso se limita a relatar cuáles son las consecuencias de su llegada. Individuos en la sombra, reparten propaganda, armas, municiones. Merodean por las afueras del pueblo como fantasmas de imposible identificación y alteran definitivamente el ya inestable discurrir del pueblo. Su llegada ya no deja lugar a duda: los cambios son inminentes e irreversibles.

Por último, me gustaría señalar que, frente al pesimista relato que el ya citado Mariano Azuela dedica al evento revolucionario en *Los de abajo*, Agustín Yáñez describe la situación con mucha más objetividad. A lo largo de su texto insis-

te, eso sí, en cómo la revolución no podía triunfar sin un necesario y previo cambio de las mentalidades. Ejemplifica dicho cambio apoyándose en personajes como María, que huye con los revolucionarios. O sugiere ruptura mediante la muerte de algunos de sus protagonistas. Así, desaparece don Dionisio —sacerdote apegado a una tradición que ya no sirve—, el Padre Islas —representante de los peores instintos y extremismos de la Iglesia Católica— o Lucas Macías— conciencia histórica del pueblo, pero pasado, al fin y al cabo. De hecho, la idea de conclusión de un ciclo de la historia mejicana se refleja en el grito proferido por éste: esa frase premonitrice de «¡Estamos al filo del agua!» (AG, p.376) con la que anuncia el fin de una época que significa, a su vez, un nuevo comienzo. Lucas Macías, símbolo del hombre tradicional, capaz de anticipar lo que va a ocurrir, convencido como está de que la historia se repite periódicamente, sabe que ya no podrá formar parte del futuro que profetiza. Con su muerte termina un capítulo de la historia local que coincide políticamente con el imparable ascenso de los maderistas.

Al filo del agua es, retomando calificativos a los que ya he acudido en las páginas de esta ponencia, renacimiento, reencuentro, ruptura: espejo del conflicto entre tradición y modernidad durante un período fundamental de la historia de Méjico.